PAPISAS Y TEÓLOGAS

PAPISAS Y TEÓLOGAS

Mujeres que gobernaron el Reino de Dios en la Tierra

ANA MARTOS

nowtilus

Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: Papisas y teólogas
Subtítulo: Mujeres que gobernaron el Reino de Dios en la Tierra
Autor: © Ana Martos

Copyright de la presente edición: © 2008 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró
Diseño del interior de la colección: JLTV
Maquetación: Claudia Rueda Ceppi

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-628-5

Índice

Prólogo 11

Exordio - Las mujeres callen en la Iglesia 13

Capítulo I – La oscuridad frente a la luz 17
La debilidad del amo del mundo 18
Un juguete para el sumo pontífice 21
Donde Dios comparte su morada con los hombres 22
El brillo dorado de Bizancio 23
Un protocolo sofisticado 25
Las discusiones bizantinas 27
Dos vicarios de Dios en la tierra 27

Capítulo II – Las archipapisas 33
Gala Placidia 35
Valentiniano III, futuro emperador 38
Pulqueria 42

Eudocia, la oradora 43
Santa Pulqueria, virgen 44
Concilios y contraconcilios 46
El Concilio de los Desalmados 54
Aelia Zenonis, una mala influencia 56
Teodora, mujer fatal y archipapisa 64
El imperialismo de Justiniano 65
Las debilidades de Justiniano 67
Una actriz monofisita 70
La Sedición de la Nika 74
El Sínodo de los Ladrones 79
Tres papas y Tres Capítulos 82
Agapito 83
Silverio 85
Virgilio 87

Capítulo III – Nadie sea bautizado por mujer 97
Elena, la Vera Cruz 100
Clotilde, la Santa Ampolla 113
Teodolinda, el fracaso del catolicismo 121
Berta, un poder de seis legiones 126
Olga, una viuda desconsolada 128

Capítulo IV – Los concilios del Incesto 133
El Siglo de los Aduladores 135
Nicolás el Grande 143
En nombre de la señora Venus 147
Las tribulaciones de San Nicolás 150
Adriano el Adulador 164
Las malas costumbres 166

Capítulo V – El papa angelical 175
La papisa Juan VIII 176
Los testimonios 189
La silla estercolera 196

La polémica de la papisa 197
El papa Juan VIII 197
La ambición de un patriarca 202
Teodora, otro engaño con hábito 206

Capítulo VI – El Concilio del Cadáver 209
La herencia de Carlomagno 210
La frustración de Agiltrudis 217
Damnatio memoriae 231
La momia varada 238
El antipapa conde de Tusculum 242

Capítulo VII – La era de la Pornocracia 245
El Siglo de Hierro 247
Las senadoras 253
Un bofetón que hizo historia 262
Un cuento de hadas 268
El reinado de los descendientes de Marozia 276

Capítulo VIII – La herencia de Marozia 287
El primer Crescencio 288
Los Crescencios 291
El pequeño Otón 292
La cruz de Adelaida 297
La interminable lista de papas 298
El nuevo Carlomagno 302
Un papa comerciante y persistente 306

Capítulo IX – La Querella de las Imágenes 315
Del Buen Pastor al Cristo Doctor 319
Los santos iconos 324
Una abominación satánica 326
Cabeza de Sarraceno 328
Constantino Coprónimo-Mammon-Caballinus-Fecal 333
Un juramento con reservas 338

El lento regreso de la iconodulia 344
Constantino VI 349

Capítulo X – Teodora o el triunfo de los santos iconos 359
Regresan los iconoclastas 363
Eufrosine, la olvidada 366
Una retirada estratégica 371
Teófilo, el iconoclasta 374
Teodora, la iconódula 380
De la iconodulia a la iconolatría 383
Miguel el Borracho 386

Bibliografía 395

Prólogo

Este libro narra los hechos de numerosas mujeres que, aun siendo laicas, influyeron decisivamente en los destinos de la Iglesia o en la trayectoria del cristianismo. Algunas ejercieron su influencia directamente sobre la Iglesia; otras, sobre los hombres que la regían, ya fueran o no religiosos; y, otras, sobre los hombres que dirigían los destinos de los países que, de alguna manera, configuraban el ámbito del cristianismo en una época en que la religión y la política eran prácticamente lo mismo.

Estas mujeres influyeron unas veces para bien y otras para mal. Algunas, como Clotilde o Teodolinda, arrastrando a sus pueblos a la adopción de la fe católica. Otras, como Irene o Pulqueria, inmiscuyéndose en los negocios religiosos y proclamando leyes sagradas. Otras, como Marozia o Teodora, quitando y poniendo papas en la silla de San Pedro.

Es bien conocida la existencia de amantes y concubinas de papas y cardenales durante el Renacimiento y en épocas posteriores, como Julia de Farnesio o Cristina de Suecia. Pero ellas

no influyeron en los destinos de la Iglesia, ni bautizaron pueblos, ni nombraron papas, ni presidieron concilios. Las de nuestra historia, sí.

Para llegar a comprender cómo pudieron las mujeres de nuestra historia llegar adonde llegaron y hacer lo que hicieron, es necesario conocer las circunstancias históricas, sociales y religiosas de aquellos tiempos y de aquellos lugares.

Entre los siglos VIII y XI, fue tal la cantidad de acontecimientos que tuvieron lugar en el seno de la Iglesia, que sus mismos historiadores han denominado a esa época los Siglos Oscuros, porque, en ellos, la Iglesia romana se hundió en el mismo caos en el que se hallaba sumido Occidente.

En cuanto a Oriente, las mujeres manipularon los negocios religiosos como resultado del cesaropapismo, una situación lamentable que puso la religión en manos de gobernantes laicos e incluso paganos, como el mismo emperador Constantino I, que dirigió los destinos de la Iglesia sin siquiera bautizarse.

Entre los siglos VIIIy XI, época en la que se basa la mayor parte de esta historia, ocurrieron cosas que hoy parecen increíbles, pero que en aquellos momentos y en aquel contexto resultaron totalmente viables, como el Sínodo del Cadáver, la redacción de las Falsas Decretales o la Querella de las Imágenes.

Sumida en la oscuridad de Occidente o deslumbrada por la luz de Oriente, la Iglesia perdió su rumbo en aquellos siglos, porque quienes la guiaban se habían apartado de su meta y el Espíritu se desentendió de sus actos.

Exordio
Las mujeres callen en la Iglesia

En las reuniones de tertulia y calceteo que solía celebrar en La Coruña la condesa de Espoz y Mina, se quejaba la ilustre Concha Arenal de que la misma Iglesia que reconocía a la mujer la alta dignidad de ser madre de Dios, mártir y santa, la creía indigna del sacerdocio.

Un siglo más tarde, la presidenta de la Sociedad Teológica de los Estados Unidos protestó airadamente por el hecho de que el Derecho Canónico impidiera a la mujer ser siquiera monaguillo. Con ella, los teólogos de la liberación denunciaron la doctrina sexista de la Iglesia Católica y varias organizaciones religiosas internacionales abogaron por el sacerdocio de la mujer. Pero la Iglesia se declaró vehículo de la verdad y no su propietaria. Y la verdad no cambia. Busquemos, pues, el origen de esta prohibición, retrocediendo en la historia eclesiástica.

En el siglo XVII, Sor Juana Inés de la Cruz se dolía de que no fuera lícito a las mujeres predicar en los púlpitos ni interpretar las

Sagradas Letras, por serles dañina la sabiduría, al igual que a los malévolos, que, cuanto más estudian, peores opiniones engendran.

En el siglo IV, el primer historiador de la Iglesia, Eusebio de Cesarea, escribió que no se permitía a las mujeres leer públicamente en las iglesias ni predicar, porque, en los albores del cristianismo, el rumor de su enseñanza doctrinal molestó al apóstol y este las mandó callar. Eusebio no especifica de qué apóstol se trata, pero, a juzgar por los datos que exponemos más abajo, entendemos que se trata de San Pablo.

Las *Constituciones de los Apóstoles,* manual litúrgico del siglo II, dedica un capítulo a señalar la disposición de los asistentes a la asamblea, nombre que entonces se daba a la reunión de los cristianos, y en él especifica que las mujeres han de estar separadas de los hombres, y en silencio.

Pablo de Tarso escribió su primera Epístola a los Corintios en el año 55. Al final de la carta y antes de la despedida, encontramos un texto titulado *Respuestas a preguntas de los corintios* con instrucciones pastorales, probablemente incorporadas en el siglo II para establecer lo que sería la posterior doctrina de la Iglesia respecto a la mujer y al celibato. Una de estas instrucciones señala el papel de la mujer en los actos de culto (14,34): "Las mujeres callen en las asambleas, pues no les está permitido hablar, sino que se muestren sumisas, como manda la ley". Hay otra carta atribuida a Pablo de Tarso y dirigida a Timoteo de Listra con órdenes contundentes (*1Timoteo* 2,12): "No permito que la mujer enseñe ni que ejerza autoridad sobre el hombre, sino que debe permanecer en silencio."

Eusebio de Cesarea interpreta que el rumor de las mujeres que enseñaban la doctrina cristiana en las iglesias perturbaba el silencio del templo y por eso el apóstol las mandó callar. Pero hay que tener en cuenta que en la época a la que Eusebio alude no había iglesias ni templos, porque la primera iglesia cristiana se construyó en 256 y, hasta entonces, los cristianos se reunían en sinagogas, cuando las había, y en cementerios y catacumbas cuando no las había. Luego, fuera quien fuera su autor, la orden

no indicaba que las mujeres guardasen silencio “en las iglesias” como dice Eusebio o “en las asambleas” como se ha traducido más tarde, sino que estuviesen siempre calladas “en la Iglesia,” que es el conjunto de todos los cristianos. Calladas significa que no se pronuncien, que no tengan voz ni voto.

Y calladas siguen. Pero es de destacar que, aunque oficialmente la mujer no tenga ni haya tenido ni tendrá nunca voz ni voto en la Iglesia, hubo muchas que no solamente no se callaron, sino que influyeron, dominaron, mandaron, obligaron, convocaron, proclamaron y decidieron, no solamente negocios seglares y humanos, sino negocios divinos. De los que, según la doctrina eclesiástica, estaban reservados a los hombres.

Capítulo I
La oscuridad frente a la luz

Cuando Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla en el siglo XI, vio llegar a su sede a los legados papales enviados desde Roma por León IX para discutir doctrina y liturgia, los describió con mucha precisión: personas impías que habían venido de la oscuridad de Occidente al reino de la piedad, como jabalíes, para derrotar la verdad.

Esa era la visión que Oriente tenía entonces de Occidente, y la verdad es que no le faltaban razones. En la alta Edad Media, Europa se desmoronaba día a día bajo el analfabetismo, la incultura y la barbarie, mientras que el Imperio Bizantino resplandecía con luz propia. Y no es de extrañar que aquellos refinados bizantinos mirasen con desdén y repugnancia a los desharrapados e ignorantes occidentales. Cabe imaginar el gesto de repulsión que debió hacer el emperador Alejo Comneno cuando vio llegar a su suntuoso palacio de Constantinopla a los cruzados, aquellas hordas de guerreros hirsutos, vociferantes y malolientes que pretendían reconquistar Jerusalén a los turcos.

Pero sabemos que Europa no nació astrosa e inculta sino todo lo contrario. Europa nació romana, y romano, todavía en nuestro tiempo, es signo de progreso y civilización. De hecho, podríamos decir que gran parte del éxito de Roma para anexionarse las tierras de tantos pueblos bárbaros se debió al interés de aquellos pueblos por formar parte del Imperio Romano, llegar a llamarse ciudadanos de Roma y poder algún día lucir insignias. Un excelente ejemplo de ello es el del temible rey de los hunos, Atila, en cuya corte hubo poetas romanos y griegos, como Orestes, su secretario, y cuya mayor aspiración fue llegar a ser reconocido como romano, cosa que nunca consiguió.

Ese fue también uno de los motivos de la rápida propagación del cristianismo entre los galos, los godos, los francos, los germanos, los eslavos e incluso los vikingos, porque cristianizarse equivalía entonces a romanizarse, y romanizarse era signo de cultura y de civilización.

La debilidad del amo del mundo

Las causas del derrumbamiento del Imperio Romano han sido siempre motivo de discrepancia y debate, porque historiadores y estudiosos señalan distintos motivos para este desastre. Para unos, la culpa fue de Constantino el Grande, que se llevó la capital del imperio a Oriente y dejó a Occidente abandonado a su suerte. Dante le atribuye en la *Divina Comedia* haber hecho volar las águilas al contrario de su curso natural, es decir, de Oeste a Este, ya que trasladó las águilas romanas de la *Pars Occidentalis* a la *Pars Orientalis* del Imperio.

No está claro que las águilas prefieran volar en uno u otro sentido, pero lo cierto es que Occidente cayó en manos de los bárbaros un siglo después del traslado, mientras que Oriente se mantuvo en pie diez siglos más. Por otro lado, Constantino no fue el primer emperador romano que descubrió que en Oriente se vivía mucho mejor que en Occidente. Ya Diocleciano había deci-

dido tiempo atrás que no había lugar tan hermoso en el mundo conocido como Nicomedia, una ciudad situada en la actual Turquía.

Otros autores señalan como causa del derrumbamiento el hecho de que el Imperio se dividiera entre varios gobernantes que no siempre se conformaban con la parte que les había tocado gobernar y probaban a despojar a los demás de la suya.

Al principio, el poder de Roma se repartió entre los triunviratos y, más tarde, entre las tetrarquías. Los triunviratos, como el que formaron César, Pompeyo y Craso, terminaron en luchas por el poder, pero al menos no dividieron el Imperio en pedazos de forma tan decisiva. Sin embargo, las tetrarquías se lo repartieron como si se tratase de una herencia.

Mientras los gobernantes se repartían el poder, los bárbaros de Galia y Germania atacaban a los condes romanos en la frontera septentrional del Rin y derrotaban a los batallones de hérulos y bátavos que luchaban en nombre de Roma. Valentiniano I hubo de construir fortificaciones a lo largo del Rin, pero entonces aparecieron unos nuevos piratas marinos con los que nadie había contado, los sajones, asolando las costas europeas y adentrándose por el coladero que formaban los ríos navegables.

El historiador latino Amiano Marcelino describe la desgarradora escena de rebaños de mujeres romanas empujadas a latigazos por los bárbaros. Eran parte del botín.

Todavía se pudo recuperar el Imperio de Occidente gracias a la fuerza de los ejércitos de Roma, pero ya había prendido la mecha de la sublevación y los bárbaros habían averiguado que no era imposible atacar al amo del mundo.

A finales del siglo IV, el emperador Teodosio, llamado el Grande, murió en Milán, y su testamento dividió el Imperio entre sus dos hijos, Arcadio en Oriente y Honorio en Occidente. Honorio era un niño de once años de aspecto bobalicón, pero ya su padre había considerado que la *Pars Occidentalis* que heredaba no sería más que un satélite del verdadero imperio, la *Pars Orientalis* que heredaba su hermano Arcadio.

Poco después entró Alarico en escena, un gigante pelirrojo que vestía la lóriga romana y mandaba el tropel de los godos. Asustados, Honorio y su hermana Gala Placidia trasladaron la capital del Imperio occidental a Rávena, una pequeña ciudad situada en la marisma pantanosa de las bocas del Po, donde las miasmas de las charcas de los pinares se ocuparían de defenderles de los bárbaros mejor que sus "ángeles", sus guardias de seguridad personal de élite (JOSÉ PIJOÁN. *Summa Artis*. Tomo VII).

Les aseguraron que aquel lugar malsano bastaría para hacer retroceder al peligro godo, pero nadie se imaginó que el mismo emperador moriría de fiebres poco después, aunque oficialmente se dijo que murió de hidropesía, que era entonces una especie de cajón de sastre.

Así terminó el Imperio de Occidente. Hasta entonces, pese a las sublevaciones, los ataques y las invasiones, el Imperio había subsistido porque la capital, Roma, había permanecido intacta. Pero en 410, Alarico se atrevió a violar a la Urbe, acampando ante sus murallas y azuzando a sus huestes con la promesa de que allí encontrarían el paraíso godo de Muspellheim.

El Imperio Romano se circunscribió prácticamente a Oriente, quedando reducida la *Pars Occidentalis* a Rávena y a algunas ciudades más, rodeadas por godos, vándalos, hunos y francos. El augusto de Occidente apenas tenía espacio para moverse entre tantos extraños, que además le amenazaban por todas partes y a los que ya poco podía ofrecer a cambio de alianzas pacíficas. En 476 puede decirse que el Imperio de Occidente vio su fin porque el último monarca, Rómulo Augústulo, tuvo que dejar el poder a una coalición de germanos mandada por el ostrogodo Odoacro. Un escritor italiano del siglo XIX, Cesare Balbo, describe esa fecha como el inicio de la independencia de los pueblos italianos del poder de Roma.

Un juguete para el sumo pontífice

Otra de las causas del derrumbamiento del Imperio Romano que muchos historiadores señalan fue el hecho de que los emperadores utilizaran el cristianismo no ya como un aglutinante de los pueblos sobre los que reinaban o como un modo de extender su dominio sobre el mundo, sino como un juguete con el que satisfacer su hambre de dirimir disputas doctrinarias.

Constantino el Grande fue el primer emperador romano que, sin molestarse en pasar por el agua bautismal, se proclamó sumo pontífice de la Iglesia cristiana a cambio de dar al cristianismo cierta preponderancia sobre los numerosos cultos que coexistían en Roma.

¿Habría algo más deseable para un soldado inculto, hijo de una tabernera, vestido de púrpura, lleno de afeites y con un manto enjoyado, como le describe su sobrino Juliano (GORE VIDAL. *Juliano el Apóstata*. Salvat), que hacer y deshacer en algo tan inalcanzable para la mayoría de los mortales como son los misterios religiosos? ¿Y qué mejor que presidir concilios y dictar "verdades" rubricadas por obispos de toda la cristiandad?

El cesaropapismo o, lo que es lo mismo, la superioridad del emperador sobre el papa en asuntos religiosos, se inició, pues, con Constantino I, y se consolidó en el siglo VI con Justiniano, quien también se valió de su posición de sumo pontífice de la Iglesia para imponer sus ideas teológicas.

Por tanto, a la pregunta de qué hacía el augusto mientras sus enemigos se aprestaban a atacar al Imperio por todas sus fronteras, no faltaría quien respondiera: inmiscuirse en asuntos escatológicos que no le concernían y, además, exponerse a perder el trono. Justiniano estuvo a punto de perderlo en una revuelta popular de carácter político y religioso.

Roma se había dormido en los laureles, orgullosa de su fuerza y segura de su inviolabilidad. Creyéndose invencible, se abandonó a las luchas internas, al reparto de poderes y, finalmente, al juego de los asuntos religiosos. Y pagó su abandono con la pérdida de la mitad del Imperio.

Donde Dios comparte su morada con los hombres

"Ciudad de ciudades, célebre en todo el orbe, espectáculo ultramundano, madre de Iglesias, princesa de la fe, duquesa de la religión verdadera, alumna de la erudición dotada de todas las bellezas".

¿A qué ciudad podría referirse un historiador de principios del siglo XIII si no es a Constantinopla? Así es como la describió Nicetas Choniates en 1204.

Más de medio millón de habitantes tenía Constantinopla en el siglo VI y dicen que era la única ciudad europea que se hubiera podido comparar a una ciudad moderna. Constantino construyó, sobre las ruinas de la antigua ciudad griega de Bizancio, en la encrucijada del Bósforo y a caballo entre Europa y Asia, la más magnífica metrópoli que cabe imaginar, cuyas joyas principales fueron el palacio imperial o Palacio Sagrado y la basílica erigida a la Santa Sabiduría de Dios, la Santa Sofía, que sobrepasó con creces en esplendor al suntuoso templo de Salomón, al menos después de las reformas y mejoras que le agregó Justiniano. Él mismo lo dijo.

Pero Nicetas Choniates fue un historiador bizantino y, al fin y al cabo, se podría creer que le cegaba el patriotismo. Otra descripción impresionante del esplendor de Constantinopla fue la que hicieron los emisarios del príncipe Vladimiro de Kiev, cuando este, según cuentan, los envió a recorrer los países civilizados y a analizar las distintas religiones existentes en el mundo para elegir la mejor: "Aún hoy nos sentimos incapaces de olvidar tanto esplendor. No sabíamos si estábamos en el cielo o en la tierra, porque en la tierra no se encuentra semejante belleza. Solo podemos decir que es allí donde Dios comparte su morada con los hombres."

El brillo dorado de Bizancio

Oriente fue, sin duda alguna, la cuna de muchas culturas. Babilonia, Egipto, Grecia, China, Persia, todas son culturas cuyo solo nombre sugiere refinamiento y sabiduría.

Todos los conocimientos clásicos, todo el saber acumulado por siglos de filosofía, de literatura, de política, de medicina, de ingeniería, de música, de matemáticas, de arte, de historia, de teatro, de química; todos los inventos y descubrimientos de los sabios, de los filósofos, de los artistas de esas culturas permanecieron afortunadamente en el Imperio de Oriente mientras la Europa occidental cristiana quedaba gobernada no solamente por reyes bárbaros, sino por tal ignorancia y oscuridad cultural que la mayoría de los eclesiásticos apenas sabía el suficiente latín para poder decir la Misa sin demasiados errores. El Imperio Romano que fue heredero de todo aquel cúmulo de conocimientos se lo llevó consigo a Bizancio.

Por eso, el inculto y brutal Occidente de la Edad Media no solamente trató de imitar al exquisito Oriente en lo que fue capaz, sino que también envidió su sabiduría, su refinamiento y sus tesoros.

A manera de ejemplo, tenemos constancia de casos como la frustración que sufrió el obispo Liutprando de Cremona, embajador de Alemania en Constantinopla, quien escribió a finales del siglo X una carta a la emperatriz Adelaida, esposa de Otón I de Alemania, quejándose del trato humillante que había recibido en Bizancio y de cómo el *basileus* Nicéforo II había menospreciado al emperador alemán dándole el rango de rey y no el de emperador.

También fue notoria la inmensa diferencia intelectual y cultural entre Oriente y Occidente, que tuvo mucho que ver en las disensiones que se produjeron entre ambas Iglesias y que culminaron con el cisma de Oriente. Los cristianos de Bizancio eran cultos, educados y refinados y gustaban de participar en las discusiones cristológicas, mientras que los de Occidente, zafios e iletrados, seguían aferrados a las formas exteriores de la religión cuyos elementos solo comprendían mezclándolos con sus dioses, sus

ritos y sus creencias anteriores. Nunca hubiera podido discurrir un godo que el Espíritu Santo procediera del mutuo amor que se profesaban el Padre y el Hijo. Y nunca se le hubiera ocurrido a un franco que Cristo pudiera tener una o dos naturalezas.

Hay que considerar el sentimiento de inferioridad y de asombro que debía producir la distinción bizantina a los iletrados e incultos príncipes europeos, así como la admiración y la codicia que despertaron en los cruzados los tesoros del palacio imperial de Constantinopla.

Precisamente, el emperador Alejo Comneno cometió la indiscreción de enseñarlos a los latinos que llegaron a Constantinopla en 1097 para la primera Cruzada y, después, el emperador Manuel I cometió la misma imprudencia mostrando sus joyas en 1171 al rey franco de Jerusalén, Amalrico I.

Es probable que los dos augustos mostraran el tesoro para admirar a los cruzados, pero no previeron que aquellos señores sin señorío, aquellos príncipes sin principado, no habían aprendido a controlar su codicia y que un buen día dejarían a un lado el combate contra los turcos y se dedicarían a saquear Constantinopla y a repartirse sus ricos tesoros.

Ana Comnena, la hija de aquel imprudente Alejo que mostró un día los tesoros a los cruzados, sí se dio cuenta del riesgo que corrían tan pronto los vio de cerca. En su *Alexiada,* la princesa bizantina dice que ya había oído hablar de la volubilidad, del carácter mercenario y de la trivialidad de la conversación de los bárbaros, pero que conoció su carácter cuando tuvo contacto con ellos. Enseguida se dio cuenta de que no iban a Oriente a liberar el Santo Sepulcro, sino a arrebatar a Bizancio todas las tierras que pudieran.

No iba desencaminada. Uno de los primeros cruzados, Bohemundo de Tarento, no perdió el tiempo y se coronó rey de Jerusalén. Y doscientos años después, otro cruzado, Balduino de Flandes, se coronó emperador de Bizancio.

El mariscal Godofredo de Villehardouin incluyó en sus *Memorias* el lamentable episodio del saqueo de Constantinopla,

contando que desde que el mundo había sido creado, nunca se había hecho tanto botín en una ciudad, y resumiendo en una frase el objetivo que realmente perseguían los cruzados: "Los que habían estado en la pobreza, nadaban ahora en la riqueza y el lujo". En cuanto al tesoro del palacio imperial, también otra frase lo resume: "Del tesoro que había en el palacio más vale no hablar, porque no tenía ni fin ni cuento" (GEOFFREY DE VILLEHARDOUIN. *Memoirs*)

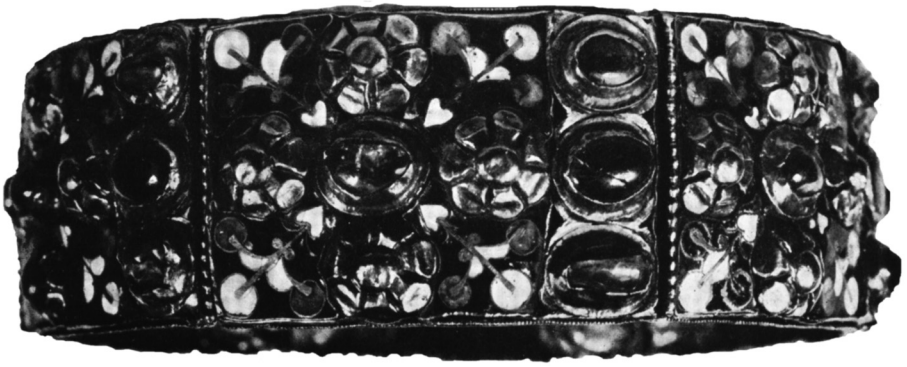
Un protocolo sofisticado

El protocolo bizantino era muy sofisticado y complejo y lo conocemos gracias a un emperador que fue también arqueólogo y erudito, Constantino VII Porfirogeneta, que reinó en el siglo x y nos dejó una obra impagable, *El Libro de las Ceremonias.*

Una de las cosas interesantes que narra este libro es la importancia de la orfebrería en Constantinopla. El barrio más lujoso y visitado era la Mese, el barrio de los plateros, que ocupaban los pórticos con lujosas tiendas cuyos mostradores ofrecían las más preciosas exquisiteces. También los bárbaros occidentales habían oído hablar del lujo y la riqueza de este barrio, porque fue, después del palacio imperial y Santa Sofía, lo primero que saquearon los cruzados en 1204.

La elegancia de los bizantinos ha quedado plasmada en los numerosos mosaicos y esmaltes guardados en palacios e iglesias. En todos ellos aparecen vestidos con gran lujo, profusión de adornos y tantas joyas como podían llevar. Todos los altos funcionarios, los miembros de la familia imperial, los clérigos y los adinerados eran clientes habituales de las tiendas de la Mese.

Las joyas del palacio imperial, las que aquellos dos augustos inconscientes mostraron a los latinos, se guardaban bajo la custodia de varios tesoreros eunucos. Entre ellas estaban las diferentes coronas que el emperador debía lucir en las distintas ceremonias y ocasiones. Estaba la corona circular llamada *stefanos,* que podían



La corona de hierro de los longobardos estaba formada por seis placas de oro esmaltado con piedras preciosas montadas sobre un aro de metal. Con ella se coronaron durante siglos los reyes de Italia. El aro de hierro tenía orificios para colgar hasta cincuenta pendientes de perlas y piedras preciosas. Napoleón también se coronó con ella, pronunciando las palabras rituales: "Dios me la ha dado, ¡ay de quien la toque!".

también llevar los césares y los déspotas feudatarios. La *stemma* era la corona que luce Justiniano en los célebres mosaicos de Rávena. También estaban la *epanoleistos* y la *camelaukion*. Había coronas decoradas con placas de esmalte que representaban al emperador, a su familia, a santos, a personajes bíblicos, virtudes o incluso figuras danzantes.

Y el *Basileus* no solamente debía llevar puesta la corona correspondiente en cada ocasión, sino quitársela y ponérsela en los distintos actos de cada solemnidad, según marcase el protocolo (JOSÉ PIJOÁN. *Summa Artis*. Tomo VII).

Mientras, en Occidente, Carlomagno, coronado rey de Italia, exhibía con inmenso orgullo la corona de hierro de los longobardos, una corona sencilla formada por seis placas de oro esmaltado con pedrería montadas sobre un aro de hierro.

Las discusiones bizantinas

Tanto o más sofisticadas y complejas que el protocolo de los bizantinos eran sus discusiones. Se trataba con frecuencia de cuestiones teológicas, porque la vida en Bizancio estaba impregnada de religión y no se concebía una disputa en la que no interviniesen elementos religiosos. Bizancio era un estado teocrático y el emperador, representante del mismo Dios en la tierra, era quien daba el ejemplo. Además, las cuestiones teológicas ofrecían siempre la posibilidad de demostrar y refutar el mismo argumento, lo que las hacía interminables.

Los concilios ecuménicos invirtieron tiempo y energías en dilucidar asuntos tan etéreos e improbables como si el Verbo nació en vísperas de la Creación o era de generación eterna, o bien si el Verbo procedía de Dios por emanación o por creación, y así sucesivamente, una agudeza teológica tras otra.

Las discusiones que enfrentaron a Oriente y Occidente pusieron de relieve las enormes diferencias culturales entre ambas partes del Imperio. Oriente siempre consideró a los occidentales no solamente advenedizos, sino bárbaros iletrados incapaces de comprender las sutilezas de la Teología, mientras que Occidente consideró a los orientales herejes sofisticados más expertos en los placeres y en el lujo que en la verdadera religión.

Dos vicarios de Dios en la tierra

Otro de los conflictos que surgieron entre Oriente y Occidente fue el de la corona del Imperio. El emperador era, en el mundo medieval, vicario de Dios en la tierra para los asuntos mundanos como el papa lo era para los asuntos espirituales y, por tanto, no podía haber dos emperadores ni dos papas.

Sin embargo, en la Navidad del año 800, Carlomagno recibió la corona del Imperio Romano reconquistado para ponerlo al

El Pactum

El Pactum fue un tratado entre el rey de los francos Pipino el Breve y el papa Esteban III. Ambos se necesitaban mutuamente y llegaron a un acuerdo que se estableció en el año 754 en Carisiacum, un lugar que hoy se llama Quierzy-sur-Oise y que se encuentra al norte de París.

Pipino era, en realidad, un usurpador, gobernador del rey merovingio Childerico III. Pero Childerico formó parte de la dinastía que se denominó "de los reyes holgazanes", que dejaron el gobierno en manos de los llamados mayordomos de palacio para dedicarse a la holganza, a la caza y a la diversión.

Pipino encerró en un convento a Childerico III y se coronó rey de los francos. Pero antes de acometer tal acción, había solicitado la bendición papal. Ya en 749 había enviado una embajada al papa Zacarías, para preguntarle si creía mejor considerar rey al que lo era por nacimiento pero no gobernaba o al que no lo era por nacimiento pero gobernaba efectivamente. El papa Zacarías no solamente le contestó lo que él pretendía, es decir, que era mejor considerar rey al que gobernaba, sino que redactó un acta en la que eximía a los súbditos del rey merovingio Childerico III de su juramento de fidelidad. En otras palabras, dio permiso oficial para deponer al rey holgazán y sentar a Pipino en el trono de los francos.

En 752, el obispo de Maguncia, San Bonifacio, había ungido rey a Pipino para sacralizar el nombramiento. Pipino fue el primer rey franco que empleó la unción sacramental, tomando de la Biblia el rito que convertía al ungido en interlocutor entre el mundo divino y el humano. San Isidoro de Sevilla había proclamado en el concilio IV de Toledo la fórmula bíblica que salvaguardaba a los ungidos de las ambiciones de los no ungidos. "No toquéis a mis ungidos. ¿Quién extenderá la mano contra el ungido del Señor y será inocente?". La unción convertía al ungido en ángel de Dios en la tierra. Era la sacralización del monarca.

Pero Pipino, a pesar de la unción, era un usurpador y necesitaba una gran ceremonia de coronación que asegurase a los francos la permanencia en el trono, no solamente a él, sino a sus hijos. Su intención era fundar una nueva dinastía y acallar para siempre las pretensiones de los merovingios y, de paso, las de los descendientes de otros mayordomos de palacio.

Por su parte, el papa Esteban III llevaba mucho tiempo sufriendo amenazas de su vecino, el rey longobardo Astolfo, que era arriano y, además, feroz y ambicioso. Había asolado Rávena a sangre y fuego, había ocupado todos los territorios de la Italia bizantina situados entre el Po, el Adriático y los Apeninos y acababa de invadir y arrasar el ducado de Roma.

El Papa había pedido auxilio a su emperador, Constantino V, pero este se hallaba engolfado destruyendo imágenes e iconos, en plena fiebre iconoclasta que describiremos en el capítulo IX, y no le prestó la atención debida. Lo que el Papa necesitaba era dinero para pagar a Astolfo la exorbitante suma que exigía por renunciar a entrar en Roma, o bien un ejército que le defendiera de los ataques.

En vista de que no obtenía ni lo uno ni lo otro, aunque sí buenas palabras, Esteban III decidió recurrir al rey franco, quien le recibió con los brazos abiertos, comportándose con él como decían que siglos atrás se había comportado Constantino el Grande con el papa Silvestre, llevando la rienda de su montura, como, según la Biblia, David había llevado la del rey Saúl.

Allí, en Carisiacum, llegaron a un acuerdo importantísimo, el *Pactum,* que originaría dos hechos que determinaron el giro de la Historia: la restauración del Imperio Romano de Occidente y el establecimiento de los estados pontificios.

No parece que ambos discutieran esos términos, pero sí es cierto que lo que acordaron dio lugar a ambos hechos. Fue una alianza entre el estado franco y la Santa Sede, que implicaba una serie de compromisos por ambas partes.

Pipino, su esposa Bertrade de Laon y sus hijos Carlos y Carlomán recibirían el título de patricios de romanos, es decir, protectores oficiales de la Iglesia, con la misión espiritual de defender y propagar el catolicismo, junto con la unción sacramental que sacralizaría la dinastía carolingia, que al principio se llamó pipínida, pero pronto tomó el nombre del personaje más famoso de la familia, Carlos el Grande, Carlomagno. El tratado incluía la excomunión de los francos si se atrevían a elegir rey a alguien que no fuera de la familia pipínida.

En cuanto a Carlos, recuperaría un día el Imperio de Occidente, sacralizado por su alianza con la Santa Sede, lo que lo convertiría en el Sacro Imperio Romano que, algún tiempo después, recibiría el añadido de Germánico, al entrar en escena los emperadores alemanes.

El Papa tampoco iba a salir mal parado del acuerdo. En primer lugar, obtuvo el apoyo incondicional de los reyes francos, aliados perpetuos y oficiales de la Santa Sede. En segundo lugar, las tierras que Astolfo había arrancado a los bizantinos no volverían a Bizancio. Al fin y al cabo, el *Basileus* no se merecía más que desprecio por su desidia y su abandono. Las tierras que Astolfo había arrebatado a Bizancio serían recuperadas, sí, pero para San Pedro, para constituir el *Patrimonium Petri*.

La importancia de este pacto, aparte de lo que ya hemos dicho, se entiende mejor si se tiene en cuenta el concepto medieval del mundo, según el cual, el hombre se compone de dos principios: un principio material, que es el cuerpo, y un principio espiritual, que es el alma. Los mismos principios rigen el mundo. El principio material es el Imperio y, el espiritual, la Iglesia. Separar esos principios en el hombre, equivalía a la muerte. Separar el Imperio de la Iglesia equivaldría a la ruina de la Humanidad.

Sin embargo, la Historia ha demostrado que no solamente ambos principios no marcharon coordinados en unión y amistad, sino que se enfrentaron en luchas encarnizadas que duraron desde el siglo XI hasta el XIX y que empezaron por la Querella de las Investiduras y terminaron por la Querella por el Dominio del Mundo.

servicio de Dios. Esto formaba parte del convenio que acordaron en su día Pipino el Breve y el papa Esteban III.

Sin embargo, cuando el Papa coronó emperador a Carlomagno lo hizo considerando que el trono de Bizancio estaba "vacante," puesto que lo ocupaba una mujer que lo había usurpado a su propio hijo, la emperatriz Irene (ver capítulo IX). Y una mujer, además usurpadora, no era un emperador, ya que no podía ser representante de Dios en la tierra. Por tal motivo, el Papa coronó a Carlomagno emperador, lo cual no fue óbice para que el siguiente emperador bizantino, Nicéforo I, se coronara también

cuando llegó el momento y, además, se negara a reconocer la corona imperial de Carlomagno.

El conflicto de los dos emperadores se solucionó en el siglo x, al darse cuenta de que cada uno necesitabael apoyo del otro. Entonces Otón I reconoció como emperador de Oriente a Juan Zimisces, llegado al trono bizantino tras el asesinato del emperador anterior y necesitado de reconocimiento internacional. Y Otón, que también venía solicitando reconocimiento y alianza de Bizancio, realizó el intercambio y obtuvo el reconocimiento del *Basileus* como emperador de Occidente.

Sin embargo, algunos autores afirman que Carlomagno hizo todo lo posible por no necesitar al papa para llegar a emperador y que incluso recurrió, sin éxito, a pedir la mano de la emperatriz viuda de Bizancio, Irene, con el fin de conseguir la corona del Imperio, porque depender de San Pedro siempre se vio como una debilidad entre los francos, a pesar de todas sus alianzas y amistades.

Otros aseguran que Carlomagno no quería la corona y que fue el papa León III quien le tendió una dulce trampa, coronándole por sorpresa durante la Misa solemne de la Navidad del año 800. Y otros sostienen que todo fue una escena teatral entre el papa y el rey franco, para hacer creer que no ambicionaba la corona del santo Imperio Romano. Juan de Bergua relata la escena de Carlos ascendiendo de rodillas los escalones que conducían al atrio de la basílica de San Pedro *in Batecanum,* besando los escalones uno a uno, y llegando a la meseta donde el papa le esperaba con los brazos abiertos. Hay historias para todos los gustos.

Los *Anales de Lorch* recogen una realidad menos teatral y es que Carlomagno aceptó la corona de emperador, en primer lugar, por estar el trono imperial bizantino ocupado por una usurpadora y, en segundo, porque, siendo rey de los francos, él era señor de las antiguas provincias y residencias imperiales de Italia, Galia y Germania.

De todos modos, los *Anales Reales* no mencionan reuniones ni asambleas que discutiesen o mencionasen el restablecimiento del Imperio y, además, existen actas y documentos emitidos en

Rávena a partir de 801 que indican claramente *Gobernans Imperium* y no *Imperator,* es decir, Carlomagno fue gobernador del Imperio, que no es lo mismo que emperador (Sociedad Chilena de Estudios Medievales. *Libro de fuentes de Historia Medieval*).